

CAPITULO VI

Su anhelo ardiente y la primera visión

1. La conducta del Maestro en ese momento

Thakur había perdido a su padre cuando era muy niño y se crió con el amor de su madre, la señora Chandramani, y de su hermano mayor, Ramkumar, que era treinta y un años mayor que él y a quien respetaba como si fuera su propio padre. Parece ser que la devoción que Thakur sentía por su padre, cuando éste murió se canalizó en la figura de Ramkumar. Thakur sufrió mucho por el deceso de su hermano. ¿Quién puede decir de qué manera afectó ese hecho a su mente para poder comprender la impermanencia de este mundo y, al mismo tiempo, cómo encendió en él el fuego del renunciamiento?

Sabemos que desde entonces, Thakur se concentró más aún en la adoración de la Divina Madre, anhelando saber si era cierto que el hombre podía tener la buena ventura de Su visión. Después de la ceremonia diaria de adoración, se lo veía sentado al lado de la imagen en un profundo estado contemplativo, y cantando con profundo amor y emoción cantos devocionales de Ramprasad y Kamalakanta. No perdía ni un minuto en charlas inútiles, y a la noche, cuando cerraba las puertas del templo, se alejaba de la gente y, entrando en el bosque, cerca del Panchavati, pasaba el tiempo meditando en la Divina Madre.

2. La preocupación de Hriday

A Hriday no le gustaba esa conducta extraña de su tío, pero, ¿qué podía hacer? No era novedad para él que desde su niñez, Thakur hacía lo que se le ocurría y nadie podía detenerlo. Por eso, contradecirlo o prohibirle algo era inútil. Pero cuando vio que día a día se agravaba su conducta, de vez en cuando le decía algo. Hriday se preocupó más aún cuando supo que Thakur, en lugar de dormir, pasaba todas las noches en el Panchavati. Durante el día trabajaba duro en el templo, además no comía bien como antes y al no dormir, cabía la posibilidad de que su salud se quebrantara. Entonces tomó la determinación de averiguar qué estaba pasando y de hacer lo que estuviera a su alcance.

En aquel tiempo, el terreno adyacente al Panchavati estaba muy desnivelado, lleno de pozos, zanjas y plantas silvestres, entre las cuales había un árbol de amalaki (*Phyllanthus emblica*). El lugar era un viejo cementerio boscoso, por eso, nadie iba por allí ni siquiera de día. ¿Y por la noche? Nadie se acercaba por miedo a los fantasmas. Hemos oído de Hriday que como el árbol amalaki estaba situado en una hondonada, si alguien se sentaba debajo de él, desde lejos nadie podía verlo. Thakur iba a meditar justo allí, debajo de aquel árbol. Cierta noche, cuando Thakur se dirigía hacia ese lugar, Hriday lo siguió sigilosamente y lo vio entrar en el bosque. Pensando que lo molestaría, no avanzó más, pero, para asustarlo, comenzó a tirarle piedritas. Viendo que Thakur continuaba su camino sin prestarle atención, se fue a dormir. Al día siguiente le preguntó: “Dime, ¿qué haces en el bosque durante la noche?” Thakur respondió: “Medito debajo de un árbol de amalaki que hay allí. Dicen las escrituras que si alguien medita debajo de ese árbol se cumplen sus deseos.”

Desde entonces, cada vez que Thakur se sentaba al pie del árbol amalaki, Hriday comenzaba a incomodarlo con toda clase de molestias, entre ellas las piedritas que le arrojaba. Como sabía que eso era obra de Hriday, no le dijo nada. En cambio, Hriday, cuando vio que ni asustándolo podía detenerlo, se preocupó mucho más. Una noche, cuando Thakur se encontraba meditando debajo del árbol, Hriday entró silenciosamente en el bosque y vio que su tío estaba profundamente absorto en la postura de meditación y que había dejado de lado su dhoti y el cordón sagrado. Pensó: “¿Estará loco mi tío? Solo los locos hacen algo así. Que medite si quiere pero, ¿para qué desnudarse?” Muy resuelto se acercó y le dijo: “¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás desnudo y te has quitado el cordón sagrado?” Después de llamarlo varias veces, Thakur volvió a su conciencia física y oyó las preguntas de Hriday, entonces respondió:

Qué sabes tú. Uno debe meditar así, librándose de toda ligadura; odio, vergüenza, linaje, buena conducta, miedo, fama, orgullo de casta y vanidad. El cordón sagrado es el signo de la vana idea de que soy brahmín, de que soy superior a todos, y eso es una ligadura. Cuando se ruega a la Madre hay que apartarse de todas las ligaduras y hay que invocarla con todo el corazón. Por eso lo he dejado de lado. Cuando termine la meditación y regrese, me vestiré de nuevo y me pondré el cordón sagrado.

Nunca había oído Hriday semejantes ideas. Quedó atónito y como no pudo contestarle, se retiró. Había ido con la idea de decirle muchas cosas y de reprender a su tío, pero no pudo hacer nada de eso.

3. Renunciación

Respecto del suceso relatado, es conveniente agregar algo más que nos permitirá comprender mucho mejor los acontecimientos posteriores de la vida de Thakur. Hemos visto que para librarse de las ocho ataduras, Thakur no se había conformado con sólo renunciar a ellas mentalmente, sino que hizo un gran esfuerzo por practicarlo a nivel físico. Más tarde, lo veremos hacer lo mismo con otras ideas. Por ejemplo, para destruir la vanidad y lograr verdadera humildad limpió con sus propias manos una letrina, un trabajo que es considerado por la gente como muy sucio. También, Thakur oyó que hasta que la mente no considere de igual valor a un puñado de tierra, a una piedra preciosa y al oro, hasta que no llegue a eliminar el concepto del valor del oro y lo considere tan insignificante como un trozo de arcilla, esa mente no podrá apartarse del deseo por los placeres físicos, no se dirigirá hacia Dios y no podrá establecerse en el Yoga. Entonces, se dirigió a las orillas del Ganges y tomando en su mano algunas rupias y puñados de arcilla, repitió varias veces: “El dinero es barro, el barro es dinero”, y arrojó todo al agua. Para afianzarse en la idea de que todos los seres son Shiva (divinos) comió y puso sobre su cabeza (signo de gran respeto), los restos de comida dejados en platos de hojas por los pobres de casta baja, considerándolos como alimento santificado. Luego, llevando sobre su propia cabeza dichas hojas, las tiró al río y tomando una escoba limpió con ella ese lugar. Así, se sintió muy honrado pensando que había podido servir en algo al Dios viviente.

Podríamos citar varios hechos similares. Es notorio que, en todos los casos, Thakur no se conformaba sólo con la renunciación mental a las ideas u objetos que son considerados como obstáculos en el sendero hacia Dios. Primero los abandonaba físicamente, apartándolos de su cuerpo y de sus órganos, y luego obligaba a estos a hacer lo contrario.

Por medio de estas acciones, las antiguas tendencias e impresiones de su mente quedaban completamente destruidas y, en su lugar, surgían nuevas ideas con tanta firmeza, que jamás volvía a aceptar lo que ya había rechazado. De modo que, hasta que los nuevos conceptos no comenzaban a funcionar en el cuerpo y en los órganos, no aceptaba que la mente había renunciado a las viejas ideas y comenzaba a trabajar con los nuevos conceptos.

A nosotros, que por nada queremos dejar nuestros viejos samskaras (tendencias e impresiones), nos cuesta entender a Thakur. No faltará quien opine: “Limpiar un lugar sucio; tirar al río las monedas junto con el barro diciendo, ‘el dinero es barro y el barro es dinero’, y otros actos parecidos, parecen ser prácticas espirituales fantasiosas. El dominio sobre la mente logrado por esos medios inauditos, también puede alcanzarse por prácticas mucho más sencillas”. Como respuesta les diremos: Muy bien, si la renunciación mental (que no es más que renunciación intelectual) es, según opinan ustedes, mucho más sencilla, ¿cuántas personas han podido dejar completamente el deseo de gozar de los objetos y han puesto su mente enteramente en Dios? Eso no se puede hacer nunca. La mente seguirá con sus pensamientos por un camino y el cuerpo irá por el camino opuesto. Por ese medio no se puede tener éxito en ninguna obra noble, y conseguir la gracia divina estará más lejos aún. Pero el hombre codicioso, que anhela los objetos del placer, no puede comprender esto. Aunque entiende que debe renunciar a algo, por la fuerza de su viejo samskara no se apresura a rechazarlo y se engaña pensando: “El cuerpo puede hacer lo que quiera pues yo pienso de distinta manera”. Así, se engaña con la idea de seguir disfrutando, al mismo tiempo, del yoga y del bhoga (goces sensorios). Pero, como la luz y las tinieblas nunca pueden ir juntas, yoga y bhoga no se consiguen al mismo tiempo. Hasta ahora, en el mundo espiritual nadie pudo descubrir el sendero fácil por el cual se pueda, al mismo tiempo, servir a Dios y seguir gozando del mundo de los deseos y de la codicia por el oro. Por eso, los textos sagrados nos aconsejan repetidas veces: “Lo que debes renunciar hazlo de palabra, cuerpo y mente, y lo que debes aceptar hazlo de la misma forma; así podrás prepararte para la visión divina”. Los rishis dicen también que el hombre nunca tendrá la visión suprema mediante prácticas puramente mentales y que no estén acompañadas por los debidos esfuerzos físicos. La razón también nos enseña que la mente humana progresa paulatinamente, de lo denso a lo sutil y de lo sutil a lo causal. No hay otro camino.

Ya hemos dicho que desde la muerte de su hermano mayor, Thakur dedicaba mayor atención a la adoración de la Divina Madre y con ahínco y fe, hacía todo aquello que le parecía beneficioso para tener la visión de la Madre. Hemos oído de sus propios labios que en aquella época, después de terminar la adoración realizada según las debidas normas, consideraba como parte del culto cantar ante la Madre los cantos devocionales de devotos iluminados como Ramprasad y otros. Cantándolos con profunda emoción, su corazón se colmaba de fervor y energía. Pensaba: “Devotos como Ramprasad tuvieron la visión de la Madre; es verdad que se la pude ver. Entonces, ¿por qué no puedo verla?” Con mucha ansiedad le decía: “Madre, Tú has bendecido a Ramprasad con tu presencia, ¿por qué no apareces ante mí? Yo no quiero riquezas, descendientes ni goces, aparece ante mí”. Mientras así rogaba, las lágrimas corrían por su pecho, y cuando se sentía algo aliviado, otra vez empezaba a cantar impulsado por la fe y queriendo propiciar a la Madre. De este modo transcurrían sus días, dedicados a la adoración, la meditación y los cantos devocionales, mientras su anhelo y su ansiedad seguían creciendo.

Desde entonces, comenzó a alargarse el período de culto y el servicio a la Madre. Cuando Thakur meditaba transcurrían dos horas. Parecía una estatua, sin vida. Al ofrecer la comida, pensaba que la Madre estaba comiendo y así pasaba más tiempo. Se levantaba a la madrugada, recogía las flores, preparaba las guirnaldas y pasaba horas adornándola. A la hora vespertina, con profundo amor, hacía el culto durante largo tiempo con luces y otras cosas. Y cuando por la tarde iba a cantar ante la Madre, se concentraba tanto y quedaba tan absorto que, muchas veces, aún recordándole que se pasaba la hora para el culto vespertino, nadie podía levantarlo de su lugar. Durante cierto tiempo, la adoración en el templo siguió de ese modo.

4. Qué pensaban de él

Se comprenderá que al ver esa continua dedicación, ansiedad y, sobre todo, la devoción de Thakur, todas las personas del templo se sentían muy atraídas hacia él. Al principio, la gente se suele reír y hacer bromas cuando alguien toma un nuevo camino, pero cuando lo ven progresar firmemente hacia su ideal, cambian de opinión y comienzan a respetarlo. Lo mismo sucedió con Thakur, al comienzo la gente lo ridiculizaba por su rara forma de adoración. Pero con el paso del tiempo, algunos de ellos comenzaron a respetarlo. Hemos oído que Mathur, después de asistir varias veces a la adoración, le comentó con mucha alegría a la Rani: “¡Hemos conseguido un sacerdote extraordinario! Me parece que pronto, la imagen de la Divina Madre tendrá vida”. A pesar de las críticas de la gente, Thakur nunca se desvió de su sendero espiritual. Como el río que corre continuamente hacia el océano, así, su mente corría hacia los benditos pies de la Madre del Universo.

5. La visión divina

Con el pasar de los días, en la mente de Thakur iban aumentando el amor y la ansiedad, y esa clase de corriente mental comenzó a manifestarse en el plano físico. Comenzaron a disminuir el hambre y el sueño. Por el constante fluir de la sangre a la cabeza y al corazón, su pecho siempre estaba enrojecido y sus ojos llenos de lágrimas. Por su intensa ansiedad en lograr la visión divina, su mente estaba colmada de ideas tales como: “¿Qué debo hacer? ¿Cómo podré verla?” Salvo en los momentos dedicados a la adoración y a la meditación, se notaba en él cierta intranquilidad.

Hemos oído de sus propios labios que cierto día, durante ese período, cantaba ante la Divina Madre y le rogaba llorando que le diera Su visión exclamando: “Madre, te estoy llamando tanto, ¿por qué no me oyes? Tú le diste la visión a Ramprasad, ¿no vas a aparecer ante mí?” Thakur nos contó que pasó después:

Sufría horriblemente al no ver a la Madre. Me parecía que alguien me estaba estrujando el corazón, con tanta fuerza como se hace con una toalla mojada. Pensando que nunca vería a la Madre sentía un agudo dolor. Tenía ideas como: no vale la pena seguir viviendo. De pronto, mi vista se posó sobre la espada que había en el templo, cuando corrí para tomarla con el propósito de quitarme la vida, ¡súbitamente tuve la bendita visión de la Madre y perdí toda conciencia externa! Después de esto, durante ese día y el siguiente, no supe absolutamente nada de lo que pasaba a mi alrededor. Sin embargo, sentía en mi corazón la manifestación directa de la Madre, y una corriente continua de intensa dicha que nunca había sentido antes.

En otra ocasión, Thakur nos habló de aquella bendita visión de esta manera:

¡Desaparecieron las casas y los templos! ¡No había nada! Vi un océano de luz divina, infinito y sin bordes. Hasta donde podía extender mi mirada, veía sus brillantes olas que rugiendo venían hacia mí con tremenda fuerza para tragarme; en corto tiempo me hundieron en la profundidad.

Así nos contó su visión sobre el brillante océano de conciencia. ¿Y qué hubo de la forma de la Divina Madre, con Sus manos expresando misericordia y salvación? ¿También logró verla, Thakur, en medio de aquel océano? Nos parece que sí porque desde el momento en que recobró la conciencia física, se le escuchaba decir angustiosamente: “Madre, Madre”. Después de esa visión, surgieron en su corazón el llanto y el pedido de poder tener la continua visión de la forma viviente de la Madre. A veces, no permitía que se manifestara ese íntimo sufrimiento, pero cuando aumentaba, no podía suprimirlo y rodaba por el suelo prorrumpiendo en llanto, y diciendo: “¡Por favor, Madre, ven ante mí!” Oyéndolo, la gente se reunía a su alrededor. A él no se le ocurría pensar en lo que podrían decir al ver su comportamiento. Nos decía:

Cuando la gente se paraba a mi alrededor, me parecía que todos ellos eran irreales, hechos de sombra, por eso no sentía ninguna desconfianza ni vergüenza. A veces, cuando perdía el conocimiento a causa de ese tremendo sufrimiento, veía la divina forma de la Madre, ¡Se sonreía, me hablaba y, de muchas maneras, me consolaba y me instruía!